



porque yo pienso mucho aunque de manera muy desordenada sobre todo por las noches — el “mucho”, claro; para el desorden me apaño bastante bien aun en la tarde o la mañana —, con tranquilidad, cuando con el ánimo festivo si el gaterío anda en orden y sin daño o sombrío si he encontrado que alguno está herido o enfermo o medio chungo camino de regreso a ésta su casa — de ellos, los que me dispensaron el honor de dejarse echar mano y transigen con cederme una esquinita de mi propia cama — cigarrillo en ristre y parándome a mirar, como anoche, un árbol. Podía haber sido cualquier otra cosa irracional y viva pero fue aquel árbol, de tronco no más descascarillado ni ramas más desnudas que los troncos y ramas de todos los demás que bordean las aceras de la calle Velázquez, sobre el que recayó, deposité, la responsabilidad de cargar con el peso de mi descomunal, enormemente grande *no saber*. Un *no saber* de siglos o milenios cabiendo, cómodamente y con holgura, sin rubor ni pudor ni disculparse por estar invadiéndome y agobiándome, en mí, que apenas cuento con un puñado de decenas de años. Lo soportó bien, parece, porque no se quejó, ni se descascarilló más su tronco, ni se le quebró ninguna de sus... digamos por adornar con un toque de poesía la tosquedad de mi incultura *secas ramas*. Y como viese yo que él aguantaba me recosté, sin ni rozarlo, en todo su *porqué* y su *para qué* para así, en la quietud y el silencio de la madrugada, hurgar más despaciosamente aun de lo que ya tengo por costumbre y sin ayuda de nadie ni de nada en la herida esa que todos los humanos llevamos oculta, cuidadosamente abierta, en el fondo del olvido de un destino muy distante quizás del que somos capaces de suponer aguardándonos.

E imaginé su eterno respirar renovando ese oxígeno que tanto necesitamos los portadores de la herida para poder seguir hurgando como lo respiramos el resto de los seres vivos para, sin necesidad de hurgar y sin herida, continuar siendo lo que es y como es sin tomarse un descanso. Ser lo que se es sin descanso — sin esfuerzo, sin pensarlo, sin desearlo, sin rechazarlo, sin rebelarse ni doblegarse; sin la pausa ni la tregua que él mismo sin rebeldía ni sumisión y sin pensar ni desear ni descansar rechazaba ajeno a todo lo que no fuese su eterna misión de renovar respirando, indiferente, ajeno al hecho de que precisamente yo y precisamente a él lo mirase y lo pensara e imaginara su pasado y su futuro en un mundo en el que, habría podido suceder, no existieran humanos que valorasen su madera para fabricar mesas y sillas o su rara habilidad para purificar el aire — es, justamente, lo que no habría sabido responder ni aun habiéndolo podido explicar sin rubor ni pudor ni la mitad de mal de lo que he sabido a estas alturas, cuando de niña me preguntaban *tú, de mayor, qué quieres ser.*